

41703 - Los dibujos de Álvaro

Álvaro mira la hoja en blanco con el ceño fruncido. Puedo escuchar su corazón latir a toda velocidad, con esa intensidad que solo siente cuando está dibujando. Suspira y pasa una mano por su rostro, secando los restos de sudor que han empezado a acumularse sobre sus labios y en su frente. Sus ojos, negros como la noche más oscura, brillan de una manera única, especial. Desliza el lápiz sobre el papel, una, dos, tres veces, y se detiene. Está temblando. Aparta la mirada y, cuando vuelve a observar la hoja que ahora contiene tres figuras, niega con la cabeza y suelta un pequeño gruñido de frustración. Lo borra todo, porque el instinto le dice que tiene que hacerlo, porque es una necesidad, un impulso que ni siquiera él puede controlar.

Alguien llama a su puerta, pero Álvaro no contesta. Cuando está dibujando, nada importa más que sus personajes, esos que crea entre sueños. Unos personajes nacidos a partir de su sudor, lágrimas y sangre. Personajes llenos de odio, de rencor, personajes valientes, inteligentes, misericordiosos. Unos personajes que, a pesar de no ser más que simples dibujos plasmados en una hoja de papel, están vivos. Porque somos capaces de sentir su tristeza, su desesperación, su añoranza. Cuando Álvaro ríe, nosotros reímos, cuando Álvaro llora, nosotros lloramos. Somos las cenizas de su alma, aquellas que deja caer sobre un papel. Somos fuego, llamas crepitantes en busca de poder. Somos la esencia de sus historias, somos dibujos que cobran vida dentro del lector, de aquel que nos siente como propios.

Él vuelve a sujetar el lápiz, aguanta la respiración y escribe mi nombre. Siete letras, un significado. Marlene. La malvada de la historia, esa soy yo, la que intenta destruir todo lo que toca. Álvaro me define, dibuja mis rizos de oro, siempre sujetos en dos trenzas, y pinta mis ojos de un color verde esmeralda. Me dibuja con pasión, con ese sentimiento que me convierte en humana. Soy el recuerdo de una chica a la que una vez conoció, una que apareció en su puerta y le mostró un nuevo mundo, porque así es él, deja una parte de su vida en nosotros, en sus personajes. Quizás es eso lo que nos hace tan especiales.

Álvaro levanta la mirada y observa el mar, ese tan azul como el cielo. Puede sentir la brisa de verano besándole los labios, regalándole aquella calidez que tantas veces ha deseado sentir. Su pelo, lleno de rizos, vuela libre. Y entonces siente esas cosquillas tan familiares en la punta de sus dedos. Se extienden por todo su cuerpo a una velocidad inhumana, y ya nada puede detener lo que viene a continuación.

El dibujante ha tenido una idea.

Su lápiz se desliza con ambición sobre la hoja. Álvaro se muerde el labio hasta que nota el metálico sabor de la sangre en su boca. Sus manos se mueven con rapidez, ansiosas por seguir creando, imaginando. Por unos instantes, desea ser capaz de dibujar con la misma facilidad con la que piensa, pero sus dedos son incapaces de seguir tal velocidad. Miles de recuerdos pasan por su mente, recuerdos de sus padres, aquellos que tanto añora, recuerdos de las tardes de otoño tocando con su banda, recuerdos del mar, de esa libertad que le proporciona el skate. Una camino de esperanza entre la oscuridad. Y dibuja, porque es lo único que puede hacer, dibuja porque lo mantiene vivo, porque le hace olvidar. Me dibuja a mí, Marlene, porque aunque su historia me ha tratado con crueldad, ambos sabemos que soy su favorita. Dibuja al héroe, a sus seguidores, a la madre que pasa noche en vela rezando para que su hijo vuelva a salvo de la batalla.

Y cuando acaba, cuando sus dedos dejan de moverse y su corazón se cierra, Álvaro sonrío. Lo ha

conseguido.

Yo también sonrío, orgullosa de él, de mi creador, de mi dibujante. Sí, mi corazón le pertenece a ese niño que una vez se quedó solo en el mundo, y el tuyo también debería pertenecerle. Porque Álvaro es capaz de crear nuevos mundos con tan solo sujetar un lápiz, porque Álvaro vive por las palabras, por las historias, porque Álvaro es magia.

Una magia que ilumina, que fortalece.

Él guarda el lápiz y deja que su obra cobre vida. Esta noche volveremos a entrar en sus sueños, y él nos recibirá con los brazos abiertos. Al fin y al cabo, nosotros no podemos existir sin Álvaro, y él tampoco sin nosotros.

No somos simples dibujos. Somos libertad, añoranza, miedos. Y, aunque pienses lo contrario, aunque no seas capaz de cerrar los ojos y dejar volar la imaginación, estamos vivos.

Ahora, abre el cómic y descúbrenos entre sus páginas.